

Miguel Sande

BRINDIS Y DESESPERACIÓN

BRINDE E DESESPERO

Edición bilingüe castellano/gallego



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, nº 137—

M A D R I D • M M X X I V

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © Miguel Sande

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.
Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: FEBRERO 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-98-3
Depósito legal: M-3454-2024

Impreso en España.

La publicación de este libro contó con la colaboración económica de la Xunta de Galicia a través de la Secretaría Xeral de Cultura de la Consellería de Cultura, Educación e Universidade.



www.cuadernosdelaberinto.com

Brindis y desesperación ganó la XXV edición de uno de los
premios de poesía decanos en Galicia:
el Johán Carballeira

1. Resistir es un paso de baile

Mamá tentando arrincar as cabezas ás gambas co seu *párkinson* para a noite de fin de ano; ela sempre enriba dunha desas horas despegadas. Papá a me ensinar a súa analítica do sintrom atravesando decontino crenzas da infancia, vivindo nun tempo que só existe para el no que cando neva, faino cunha esperanza vella que antano foi branca. O brinde ten que ser pola imposibilidade. Saio coa sensación sempre de que algo morre dentro de min e con frío. A casa ten esa friaxe que deixan os espellos rotos; esa única luz amarela que se vai formando no centro da desaparición.

Mamá, intentando arrancar las cabezas a las gambas con su *párkinson* para la noche de fin de año; ella siempre encima de una de esas horas despiezadas. Papá enseñándome su analítica del sintrom, atravesando continuamente creencias de la infancia, viviendo en un tiempo que solo existe para él en el que cuando nieva, lo hace con una esperanza vieja que antaño fue blanca. El brindis tiene que ser por la imposibilidad. Salgo con la sensación siempre de que algo muere dentro de mí y con frío. La casa tiene esa humedad que emana de los espejos rotos; esa luz amarilla que se va formando en el centro de la desaparición.

A peor enfermidade son os anos, di papá convencido. Cando fala así, a luz choca contra os seus ollos, desfaise. A papá retórcelle os dedos a artrose e tenta aínda así recompoñer solpores, bobinalos como fixo sempre con esas súas mans de vello electricista. Papá ama todo canto ve que vai perdendo. No corazón de papá hai fendas desa luz rebotada; detrás non hai nada, sangue clara do sintrom como apozada.

y 2

La peor enfermedad son los años, dice papá convencido. Cuando habla así, la luz choca contra sus ojos, se deshace. A papá le retuerce los dedos la artrosis e intenta aún así recomponer crepúsculos, bobinarlos como hizo siempre con esas manos de viejo electricista. Papá ama todo cuanto ve que va perdiendo. En el corazón de papá hay grietas de esa luz rebotada; detrás no hay nada, sangre clara del sintrom como en una charca.

A miña afillada tatuouse no pulso a palabra vento. Viña do sur, de navegar arredor de corazóns aguillados e de cancións rotas e lonxanas. Ela, máster en publicidade e *marketing* dixital, viste crenzas simples —baratas, aínda así atrevidas, mercadas de feira— que lle quedan fantásticas. Sabe que ha acabar índose co vento, por iso, di, tatuou esa palabra coa pulsación a saltos. Nas chuvias que cre doutro tempo proxecta un sorriso puro aínda —a man, como sen pretendelo, pola regaña—; deixa fosilizar as lágrimas máis grandes e unha e outra vez anda descalza sobre os rostros nas pantallas táctiles. A miña afillada, creativa, incorpora nas redes bicos góticos nos faiados da infancia.

Mi ahijada se tatuó en el pulso la palabra viento. Venía del sur, de navegar alrededor de corazones aguijoneados y de canciones rotas y lejanas. Ella, máster en publicidad y *marketing* digital, viste creencias simples —baratas, aunque atrevidas, compradas en la feria— que le quedan fantásticas. Sabe que acabará yéndose con el viento, por eso, dice, tatuó esa palabra con las pulsaciones a saltos. En las lluvias que cree de otro tiempo, proyecta una sonrisa pura todavía —la mano, como sin pretenderlo, por la raja—; deja que fosilicen las lágrimas más grandes y anda descalza sobre los rostros de las pantallas táctiles. Mi ahijada, creativa, incorpora a las redes besos góticos en desvanes de la infancia.

O meu peiteador ten as mans sempre frías; dime —co gume da navalla na caluga— que teño os poros sensibles, a piques de rebentar a poesía. Os máis novos suben a depilárense e baixan os chanzos xa doutro xeito, como a saltos, convencidos de que a teñen máis grande. En fronte, no centro de saúde, os anciáns entran e saen na busca duns anacos máis de vida cos seus receitarios de palabras brancas, renovadas, aínda que a mañá sexa sempre a mesma. A transformación vén cando te ves sorrir —serio ti— no espello cuns cantos anos menos, canosos, nun pano negro sobre dos ombreiros; ese engano e a sospeita de que ha vir a refoladas o inverno.

Mi peluquero tiene las manos siempre frías; me dice —con el filo de la navaja en el cuello— que observa los poros sensibles, a punto de reventar la poesía. Los más jóvenes suben a depilarse y bajan los escalones ya con confianza, a saltos, convencidos de que la tienen más grande. Enfrente, en el centro de salud, los ancianos entran y salen en busca de unos puñados más de vida con sus recetarios de palabras blancas, renovadas, aunque la mañana sea siempre la misma. La transformación viene cuando te ves sonreír —serio tú— en el espejo con unos cuantos años menos —canosos, en un paño negro sobre los hombros—; ese engaño y la sospecha de que ha de venir a ráfagas el invierno.